



Epifanía: Endechas

Las lecturas que de las **Endechas a Guillén Peraza** (1443) han realizado, hasta hoy, distintos investigadores y estudiosos han abierto un muy sugestivo campo de interpretación en torno a esta deslumbrante pieza literaria. Paradójico es, sin embargo, que dichas lecturas hayan ladeado una aproximación al significado último de esos versos en lo que se refiere a nuestra imaginación literaria, no ya únicamente como “documento primero” de nuestra literatura sino como indesplazable objeto de nuestro “imaginario” cultural.

El “mito de la insularidad” fue en más de una ocasión abordado por el poeta José Lezama Lima para explicar determinados rasgos de sensibilidad, la gravitación de algunas imágenes en la historia de la literatura cubana. Esa lectura mítica tiene para nosotros un sentido en verdad modélico, pues lo que Lezama Lima llama “la fundación por la imagen” puede del mismo modo hacernos entrever, en nuestra literatura, el valor de ciertos signos, la presencia de igual gravitación.

Es sabido que, para Angel Valbuena Prat, nuestra lírica ofrece, históricamente, muy precisos rasgos temáticos. La reconstrucción de un más ajustado arco interpretativo, que considere también la prosa de ficción y la historiografía, se impone como una tarea que habría de proporcionarnos, me parece, idea cabal de aquellos signos, más enriquecida visión de aquel “imaginario”. Así, el **sentido del mar**, rasgo detectado por Valbuena, no sería sino la reducción de un más amplio **teatro anímico** según el cual los elementos de paisaje no constituyen sólo externa referencia sino espiritualidad total, escenografía vinculante. Los textos que ilustran este rasgo son frecuentes; se halla en Cairasco y en Viana, en Tabares Bartlett y en Domingo Rivero, en Tomás Morales y en Alonso Quesada, para limitarnos a la poesía. De una ma-

nera arquetípica, fundacional, ese rasgo se halla, en fin, en las **Endechas a Guillén Peraza**.

Paralelamente, ese paisaje aquí leído como **teatro anímico** teje una espiritualidad distintiva, diferencial. Somos definidos por nuestro paisaje. El volcán y la luz y la sombra marina no son tanto recurrencias o “correlatos” como verdadera auto-proyección imaginaria, y esta es la esencia del mito de lo insular. La insularidad es aquí una ajustada equivalencia de un paisaje diferencial que es, al mismo tiempo, indisolublemente, una **sensibilidad diferencial**. El mito de esta “diferencia”, de esta definición distintiva, marca en verdad un indicio preciso de la visión autóctona, propiamente insular. (Nuestra cultura, sin embargo, y sin contradicción con lo anterior, ha imantado constantemente lo universal, y ya desde Cairasco, que lee “insularmente” a Torcuato Tasso, puede advertirse esta verdadera constante histórica).

En las **Endechas a Guillén Peraza** aparecen esos signos inequívocos. “Tus campos rompan tristes volcanes, / no vean placeres sino pesares, / cubran tus flores los arenales”. “Volcanes” y “arenales” fundan un espacio mítico, pues la “maldición del lugar de la muerte” —tópico del lamento funeral denominado **endecha**—, ha escogido aspectos muy concretos del escenario de la muerte, signos de un paisaje de localización precisa, indesplazable. Paisaje fundador de la elegía o el canto, topología mítica.

El hecho de que en el documento primero de nuestra literatura aparezca ese rasgo habría de ser objeto de una reflexión particular, pues ese origen es también una **cenitalidad**, esto es, propiamente una “fundación”, un hito que inaugura nuestro imaginario. Algo, en fin, que debería propiciar una lectura concreta —o, más bien, una sublectura— de nuestra historia literaria a la luz de aquella **diferencialidad**, de

aquella precisa topología. Al mismo tiempo, las **Endechas a Guillén Peraza** surgen a raíz de un acontecimiento histórico: la muerte, en 1443, del caballero Guillén Peraza, apedreado por los habitantes de La Palma al intentar la conquista de la isla; un signo que viene a superponerse allí donde la poesía, bajo esa condición, genera, en rigor, un signo total, mayor, bajo el arco del cual poesía e Historia se iluminan mutuamente en el pensamiento creador.

Convendría, de la misma manera, localizar estos indicios, en las estrofas recogidas en los cancioneros de Miguel Fuenllana y P. A. Vila, ya en el siglo XVI; en especial aquellas cuyos versos iniciales dicen “Si los delfines mueren de amores” (de la cual, poseemos también versión italiana de Torriani) y “No cogeré flores del valle”, cuyos temas enlazan probablemente con la tradición clásica. No habríamos de buscar en ellas, en relación con las **Endechas a Guillén Peraza**, una luminosidad simétrica, paralela, sino, más bien, igual calidad de imagen, igual poder gravitatorio. Las estrofas citadas de esos cancioneros (a las que no podemos, en realidad, considerar **endechas**, ya que no se ajustan al canon del “lamento funeral”) obtienen, a partir de su **clasicidad**, ese poder de **obertura**, de **epifanía** de la imaginación insular.

“El tiempo del mito —escribe Furio Jesi— eleva y consagra el tiempo de la Historia”. Las **Endechas a Guillén Peraza**, en su deslumbrante forja mítica, en su libre peso histórico, anónimo, son en verdad un documento de **epifanía**, de **fundación**; pues, sin duda, a ellas puede remitirse nuestra búsqueda, la meditación acerca de nuestra naturaleza, en la misma órbita sensible en la que Vico pudo hablar del encuentro, en Homero, del documento de la identidad primitiva entre Historia y Poesía.

ANDRES SANCHEZ ROBAYNA